

EL hALL

BOLETIN INFORMATIVO DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE LA RIOJA

AÑO 2, NUMERO 22

OCTUBRE 1996



LA UR: TAMAÑO Y CALIDAD

URBANO ESPINOSA

La Universidad de La Rioja tiene que ser, por obligación, al menos un Jano bifronte: docente e investigadora. Aunque son rostros con un único cerebro -el saber científico-, aquí sólo plantearé algunas reflexiones sobre la investigación en nuestra Universidad. No hemos de olvidar, como premisa inicial, que somos una Universidad. No hemos de olvidar, como premisa inicial, que somos una universidad joven en medio de numerosas veteranas y que somos una universidad pequeña en un sistema que canaliza enormes recursos públicos y privados. La UR surge en una fase de portentoso crecimiento del número de universidades y, por ello, en el marco de una creciente competencia interuniversitaria.

Previsiblemente la UR será en el futuro la universidad pública más pequeña de España; al margen de las ventajas o desventajas que ello pueda suponer, en todo caso el tamaño se corresponde con el de la Comunidad Autónoma de La Rioja. Es imprescindible ser conscientes de ello, porque resultará determinante a la hora de marcar límites y posibilidades a las estrategias que hemos de seguir.

1. ¿Docentes o investigadores?

De entrada, raramente las universidades disponen de especialistas que sólo sean investigadores. El sistema obliga a justificar plazas sólo por docencia, pero también obliga a investigar. Algo así como si alguien dijera a todo profesor: "Vd. ha de investigar mucho, aunque yo mismo le prive de tiempo disponible porque le cargo de clases". Una barbaridad. Evaluemos lo que eso significa si, además, hay que investigar sin dinero, sin apenas medios y en un marco extremo de competitividad curricular.

Lo ilustraré un poco. Si un profesor de la UR dedicara a la Universidad sólo las horas de cualquier trabajador, dispondría para investigar de un tercio de su tiempo (de 12 a 15 horas/semana). Manifiestamente insufi-

ciente, teniendo en cuenta que, a más de la competitividad citada, tendrá que ser evaluado periódicamente por una Comisión Nacional y que a lo largo de su vida académica le esperan diversos tribunales juzgadores. ¿Solución?: el buen docente-investigador trabaja sin límite, a destajo. Dice el refrán que del cuero salen las correas; en este caso es verdad, y lo es para cualquier universitario español. Estamos ante una de las aberraciones del sistema mismo.

2. El control objetivo (externo)

Escasa ayuda incorpora a la construcción de la UR esa aberración. Piénsese que la ley de creación nos obligó a planes nuevos y, por tanto, a un esfuerzo nada despreciable de adaptación. Añádese el reto docente de las nuevas titulaciones que incorporamos. Al mismo tiempo hay que hacer plantillas cualificadas y formar investigadores y doctores propios. En resumen: el docente-investigador de la UR, por trabajar aquí, tropieza con dificultades añadidas, pues en las universidades veteranas la presión de la docencia sobre el total de la dedicación semanal resulta ser muchísimo menor que en nuestro caso.

Veamos brevemente otros aspectos. En la UR aún no tenemos Institutos o Centros de Investigación, cosa que existe en cualquier Universidad. Esos organismos son necesarios para promover y orientar la investigación; cuentan con equipos especializados, con laboratorios y medios materiales, con medios de gestión y, sobre todo, definen líneas de trabajo con objetivos a corto, medio y largo plazo. Su funcionamiento está regulado por ley, su creación necesita dictamen del Consejo de Universidades y sus actividades tienen que ser sometidas a evaluación objetiva de resultados.

Aunque los Institutos o Centros de Investigación son imprescindibles, en la UR carecemos de recursos presupuestarios propios para crearlos, pese al deseo de contri-

buir, en la medida que nos corresponde, al desarrollo científico y tecnológico de La Rioja. Queremos y pedimos contribuir, pues mientras eso no se logre, los investigadores y grupos existentes están abandonados a sus propias fuerzas. Además, en La Rioja hacen falta Institutos o Centros de Investigación en sentido propio, pues a veces no es homologable lo que así se denomina entre nosotros, al no cumplir algunos de los requisitos citados. Por ejemplo, es desconocida en nuestra región salvo en la Universidad, la evaluación externa de la investigación por agencia independiente.

3. Cuestión de tamaño

Al tener que justificar investigadores bajo dedicación docente y al ser la UR una Universidad pequeña, resulta que cada área de conocimiento cuenta con pocos especialistas. Hay áreas con uno solo. Sabemos que sin grupos más o menos potentes los resultados investigadores se verán sensiblemente mermados. Por eso intentamos apoyar iniciativas que tiendan a agrupar disciplinas para, así reforzados los grupos, lograr niveles plenamente competitivos en ciertos ámbitos temáticos. En unos pocos, porque no podemos pretender competir en todo con las grandes universidades. Pero también para eso hace falta disponer de medios, pues malamente se puede trabajar con la herramienta que no se tiene.

Parece claro que en la UR estamos obligados a definir algunas líneas prioritarias de investigación y a concentrar recursos en ellas. Para conseguirlo, hace falta un específico apoyo externo, pues los presupuestos anuales y las transferencias sólo están cubriendo el gasto corriente ordinario. Es preciso ser coherentes con el desarrollo universitario, una vez que el amplio consenso social nos ha llevado a apostar por titulaciones como Enología, Ingeniería Industrial, etc., aparte de las ya existentes y que necesitan el correspondiente desarrollo investigador.

Por otro lado, puesto que en la UR resulta excesiva la presión docente y puesto que hay pocos especialistas por área de conocimiento, es necesario liberar cuantas más horas/semana por investigador sean posibles, para que podamos exigir resultados. Dicho de otra forma: para lograrlo, hará falta apoyo económico suplementario que compense el sobrecosto del capítulo de personal.

4. Nueve de cada diez investigadores

La Universidad es el espacio natural de la investigación en los países más avanzados; debe serlo también aquí, pues está probada su decisiva contribución al portentoso desarrollo científico y tecnológico de la actualidad. Por otro lado, las cifras son elocuentes: pertenecen a la UR nueve de cada diez investigadores que trabajan en organismos públicos de nuestra región.

La sociedad riojana y los poderes públicos tienen en gran parte la respuesta a las cuestiones aquí planteadas. A partir de 1997, todas las Universidades comenzarán a ser evaluadas institucionalmente, y de modo especial en los rendimientos investigadores; la "nota" que se dé a la UR, depende en parte de los universitarios mismos, pero también del conjunto de la sociedad en la medida en la que apoye más o menos las actividades de investigación.

Por su parte, los universitarios están dispuestos a seguir dedicando horas muy por encima de las normales a comprometer líneas de trabajo de interés general y a garantizar resultados. Pero disponer de las herramientas adecuadas, no está sólo en sus manos, sino en las de todos los riojanos. Por eso, he manifestado en alguna ocasión que hacer Universidad en La Rioja es una responsabilidad compartida por la sociedad en su conjunto.

URBANO ESPINOSA
Rector de la UR

Que la arquitectura es consubstancial a la ciudad está fuera de duda. Que la ciudad sea sólo una arquitectura puede ser una afirmación mucho más problemática. La hipótesis sobre la que queremos trabajar es algo más modesta que aquel aserto de Leon Battista Alberti para quien la ciudad no era otra cosa más que una gran arquitectura y para quien cada arquitectura podía entenderse como una pequeña ciudad.

En la situación contemporánea la arquitectura sigue estando en la ciudad. Forma parte de ella y materializa una parte de los espacios en los que se desarrolla la vida urbana. Sin embargo, hoy más que nunca, comprobamos que la ciudad es muchas más cosas que sus edificios y sus arquitecturas, Redes de transporte, vías, espacios de reserva para movimientos logísticos de mercancías, áreas de protección de la naturaleza, espacios virtuales para la comunicación y el entretenimiento, constituyen partes constituyentes fundamentales de la vida urbana y muy especialmente de la vida metropolitana. Todas ellas no sólo acostumbran a escapar por completo al ámbito de la actuación profesional del arquitecto sino que, difícilmente, los instrumentos tradicionales del análisis y del proyecto arquitectónico tienen capacidad para afrontar y dar respuesta a dichas situaciones.

Hoy las megalópolis de las que hablaba Jean Gottman desde los años sesenta o las ciudades globales de las que habla Saskia Sassen en los noventa, tienen características tan diferentes que la contribución de la arquitectura en estos agregados desconcentrados pero altamente conexiones se replantea de forma completamente nueva tanto respecto a los parámetros con los que la arquitectura clásica entendió la actividad arquitectónica como también con los principios y los métodos con los que la arquitectura que un tanto imprecisamente llamamos moderna intentó repensar la relación entre una nueva arquitectura y una nueva ciudad.

Peter Hall en sus últimos trabajos ha señalado la novedad y la radicalidad de los fenómenos urbanos acontecidos en los últimos treinta años.

Mi opinión es que, en la actualidad, los rasgos y los procesos propios de este nuevo mundo urbano son demasiado evidentes para volver el rostro a un lado y negarles la carta de, nunca mejor dicho, ciudadanía. Se trata de técnicas y procesos que ya existen, con los que se opera, que constituyen prácticas si se quiere ciegas, fragmentarias, carentes de autoreflexión y de todo proceso crítico, pero con las cuales se organiza la vida metropolitana actual.

Se trata, por otra parte, de técnicas y procesos en su mayor parte desarrolladas y manejadas por expertos que no son arquitectos o, por lo menos, que no son el arquitecto standar que formamos en nuestras escuelas de arquitectura donde el culto al objeto ensimismado pone de manifiesto una olímpica separación entre el aprendizaje y la realidad.

Autopistas, aeropuertos, sistemas integrados de transporte, intercambiadores, centros comerciales, parques temáticos, espacios masivos de ocio, centros turísticos, áreas residenciales autoconstruidas, vivienda móvil, alternativa, para usuarios distintos de la familia tradicional, operaciones de renovación, recuperación del patrimonio en función de exigencias ideológicas y para el consumo de masas, parques, espacios preindustriales protegidos u obsoletos...

A través de los cinco conceptos que organizan nuestra exposición, no proponemos un sistema exhaustivo de análisis de las relaciones nuevas entre arquitectura y ciudad contemporánea sino sólo cinco plataformas a la manera de las mil plataformas de las que hablan Deleuze y Guattari, desde las que ver, entender, problematizar y juzgar la compleja red de interacciones en el interior de la cual la arquitectura de nuestro inmediato futuro deberá ser capaz de reconocer su propio lugar, sus propios instrumentos y su propia capacidad de intervención en el poliédrico entramado de la gran ciudad de cualquier parte de nuestro mundo.

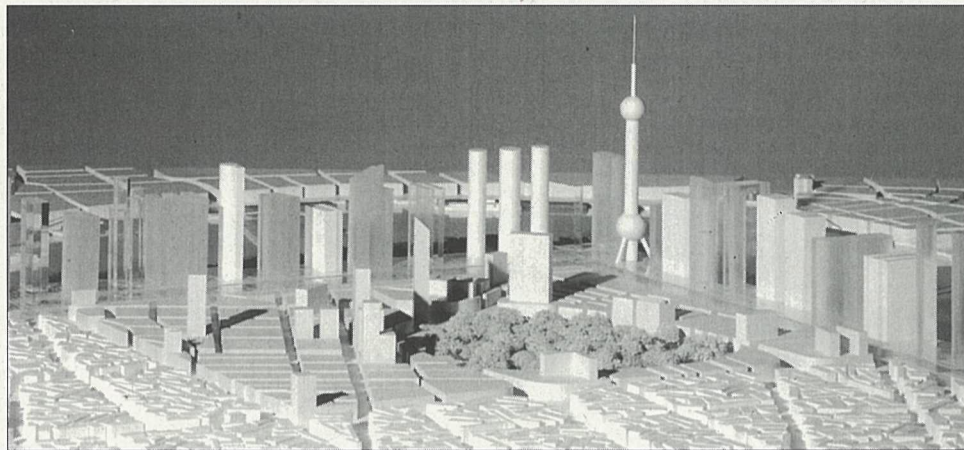
Con el nombre de **mutaciones** queremos abordar la forma del cambio. Un cambio casual, aleatorio, en el material genético de una célula produce alteraciones de uno o más caracteres hereditarios provocando una ruptura en los mecanismos de la herencia: se ha producido una mutación, es decir una alteración substancial que afectará tanto a la morfología como a la fisiología no sólo de la célula o del órgano sino, finalmente, de todo el individuo.

Cada vez con más frecuencia asistimos, en las ciudades, a procesos de mutación súbita en los que no se cumplen ni la noción de transformación evolutiva ni siquiera el proceso supuestamente lógico desde el planeamiento a la edificación.

El plan para la reconstrucción del centro de Beirut, la operación de expansión del Pudong de Shanghai, la reunificación de Berlín, la renovación del centro de Bucarest, pero también el crecimiento de Ciudad de Méjico, Brasilia o Jadda, nos colocan ante fenómenos para los que no valen los criterios organicistas-evolucionistas ni la lógica causal del modelo racionalista.

La capacidad de acumular poderosos medios públicos y privados y las tecnologías de destrucción rápida y de no menos rápida nueva edificación hacen que centenares de hectáreas de ciudades ya existentes o de espacios hasta ahora no

PRESENTE Y FUTUROS ARQUITECTURA EN LAS CIUDADES IGNASI DE SOLÀ-MORALES



urbanos sufran verdaderas mutaciones, súbitas, causales e imprevisibles desde la lenta lógica de la evolución.

Diseñar la mutación, introducirse en su energía centrífuga, debería comportar a un tiempo el diseño del espacio público y privado de la movilidad y de los recintos especializados del organismo global y de los individuos. La multitud de variables que entran en juego en las mutaciones edificatorias de este tipo no puede ser controlada sólo con instrumentos más o menos eficaces de gestión. Todo apunta a la necesidad de morfologías abiertas, interactivas, en las que unos mínimos criterios sean las únicas leyes que organicen el rápido proceso por el que se pase de un estadio urbano a otro. Pero estos criterios no pueden ser sólo de diseño urbano, al margen de la edificación, porque esta distinción carece de sentido en un proceso mutacional. Sólo proyectos con mecanismos de autorregulación, de interacción y de reajuste durante el propio proceso de realización pueden tener sentido en situaciones difícilmente parangonables a las de otros momentos del pasado.

La segunda categoría propuesta para analizar la forma de la moción la hemos denominado **Flujos**.

Lo que caracteriza a la arquitectura y la ciudad actuales, lo que con agudeza comenzó a ser detectado en los años cincuenta por diversos miembros del TEAM 10 fue la diferencia entre la concepción del movimiento en la Carta de Atenas del III C.I.A.M. en 1933 y el carácter central de todo tipo de moción en la ciudad y en la arquitectura contemporánea.

El cambio conceptual fundamental se produce cuando se empieza a desarrollar en los cincuenta, una crítica al urbanismo de los C.I.A.M. Diseño del movimiento en el caso del proyecto de Louis Khan para el Centro de Filadelfia (1953), movilidad como tema central en las propuestas de Allison y Peter Smithson para el Centro de Berlín (1958) o en las de Candilis, Jossic (Woods para Toulouse-le-Mirail (1958).

Redes, mallas, conductos, movimiento staccato, empiezan a ser figuras recurrentes en un modo de proyectar donde cada vez más los movimientos de todo tipo forman la substancia misma del proyecto. Será a partir del momento en que la moción se conceptualice como flujo cuando se consumará, de forma definitiva, la diferencia entre la moción de espacio-tiempo utilizada por la vanguardia arquitectónica en los años veinte-cuarenta y tomada de la física einsteiniana y la moción de flujo tal como en los años recientes ha comenzado a ocupar un lugar central a la hora de explicar la arquitectura y la ciudad contemporáneas.

Nuestro fin de siglo contempla constantes tentativas por aproximarnos a arquitecturas en las que su objetivo fundamental no es otro más que el de permitir el tránsito y facilitar el intercambio entre redes distintas que se yuxtaponen precisamente en módulos cuya viabilidad han de hacer posibles las estructuras arquitectónicas.

No sólo en el campo convencional del transporte, -estaciones de ferrocarril, marítimas o aeropuertos-, sino en todo lugar donde se producen cruces constantes de redes de distribución, la arquitectura ha de tener la capacidad de recortar su forma de modo que sea, sobre todo, plásticamente receptora de cualquier tipo de intercambio.

Por supuesto esta situación coloca a la arquitectura en un pathos completamente distinto al requerido por la vieja firmitas vitrubiana. Cortar y recortar por las articulaciones de una red de distribuciones pero también crear las figuras y los lugares a través de estos cortes y recortes, sin necesidad de otro tipo de mimetismos, es el reto que la ciudad y la arquitectura actuales no pueden eludir.

Un tercer ámbito de análisis es el de la forma de la residencia. Proponemos denominarlo con la palabra **Habitaciones**. En los años recientes se repite a menudo que la cultura arquitectónica ha abandonado el problema de la residencia como una cuestión central. Si se compara con la investigación y planificación de la forma y la construcción de la vivienda tal como fue reiterada-

mente analizada y experimentada en los años formativos de la cultura del movimiento moderno, ciertamente nuestra actual situación dista mucho de tener este tipo de preocupaciones como una cuestión prioritaria.

Sin embargo la habitación humana, especialmente en la gran ciudad, parece seguir siendo el tema cuantitativamente más importante que compete a la arquitectura y a los arquitectos.

Yago Conde y Bea Goller analizaron con suma agudeza en la exposición y el catálogo titulados International Property el carácter homogéneo e universal de este bien primordial gestionado en un altísimo porcentaje en todo el mundo por relaciones de libre mercado. La coincidencia de los modelos en áreas alejadas del mundo ponía de manifiesto la universalidad de los mecanismos de producción y distribución incluso atendiendo a la paradoja de que este mismo mercado ha cultivado con extrema atención todos unos repertorios formales localistas o regionalistas que pretenden introducir elementos de pseudo-identidad en el interior de la total homogeneidad de las distintas ofertas sea cual sea la ciudad del mundo que analicemos.

Por otra parte la arquitectura culturalmente más atenta parece haberse despreocupado de esta inmensa área de producción edificada. Las referencias al gusto Kitsch, al mercantilismo y a la especulación han sido los motivos para dejar todas estas arquitecturas abandonadas a su suerte.

Si intentamos recoger lo que, hoy por hoy, resulta más novedoso y valioso en relación a la producción de habitaciones advertimos que las propuestas de interés aparecen fuera o por lo menos sólo tangentes a la gran masa producida por el mercado uniforme al que nos hemos referido.

Casas para inmigrantes, casas para un solo individuo, casas para situaciones transitorias, casas para los sin casa.

La casa del artista, la casa del propio arquitecto, la casa del amateur de la arquitectura, la casa del snob, la casa del mecenas, son, hoy por hoy, el banco de pruebas privilegiado de experimentaciones de tipo neo-vanguardistas que siempre ha ofrecido la vivienda.

En los países del tercer mundo, pero también en cualquier fase de los procesos de desarrollo, el problema de la habitación es un problema central de carácter social y político. La pobreza conceptual con la que se acostumbran a resolver las grandes promociones es una señal de la poca capacidad de incorporación de las mejores ideas a la realidad del crecimiento urbano en la residencia.

Una nueva área de atención la encontramos en la forma del intercambio. La denominamos **Contenedores**. En la sociedad del consumo la actividad productiva depende intrínsecamente de las formas de intercambio. El encuentro con la mercancía necesita un escenario en el cual se produzca la representación que en definitiva es el mercado. Atención, estamos hablando de un mercado que no se limita a productos supuestamente necesarios para cubrir las necesidades de la vida de los individuos sino a un dispositivo acelerado de gratificaciones, de dispendios en los cuales se focaliza el deseo.

Cuando Lévi Strauss estudia la economía del don en las culturas primitivas lo hace porque necesita explicar los mecanismos de intercambio, material y simbólico, en esta fase nuestra del capitalismo post-industrial.

Walter Benjamin había visto los espacios comerciales como los nuevos espacios rituales, fetichistas, de la moderna sociedad: los espacios en los que los dones, siempre esperados, eran dispensados a través del encuentro con la mercancía.

Mas, ¿qué características tienen escenarios en los que este ritual del consumo se produce, donde la distribución de los bienes deseados encuentra a sus adoradores dispuestos al sacrificio de sus bienes acumulados?

Proponemos la categoría de contenedor para referirnos a estos lugares, no siempre públicos, tampoco exactamente privados, en los que se produce el intercambio, la dispensa, la distribución de los dones que constituyen el consumo múltiple de nuestras sociedades altamente rituali-

zadas.

Un museo, un estadio, un shopping-mall, un teatro de ópera, un parque temático de entretenimiento, un edificio histórico protegido para ser visitado, un centro turístico, son contenedores.

No son transparentes sino recintos cerrados donde la separación generalizada de la que hablaba Guy Debord en su Sociedad del Espectáculo constituye una primera premisa fundamental.

Separación de la realidad para crear con toda evidencia un espacio de representación. Separación física que niega la permeabilidad, la transitividad, la transparencia. Máxima artificialidad producida por un recinto cerrado, acotado, protegido. Artificialidad del clima, de la organización, del control. Artificialidad del espacio interior, siempre interior aunque esté al aire libre, producida por medios arquitectónicos que pueden ser múltiples, variables, efímeros, etc.etc., pero que están siempre encerrados por el envoltorio rígido del contenedor.

Exigencias de clausura y de encierro, de control y de aislamiento, incluyendo en su interior otras necesidades de diversidad, multiplicación y superposición de proyectos y propuestas formales, parecen constituir una problemática arquitectónica no sólo técnica sino cultural que está desplegándose ante nuestros ojos. Unos ojos que, sin embargo, como los de los arquitectos a quienes hacía sus llamadas Le Corbusier en Vers Une Architecture parecen no saber ver, enganchados como están todavía en la ilusión de la razón funcional y de la transparencia espacial.

La última de las categorías propuestas hace referencia a la experiencia del tiempo histórico en la ciudad.

El arte, el cine y la fotografía pero también la novela y la pintura, contemporáneos, mantienen en muchos casos una relación de amor y odio con la ciudad.

En estas condiciones detectamos un interés creciente, casi una pasión, por aquellas situaciones de la ciudad a las que denominamos genéricamente con la expresión francesa **Terrain Vague**. Terreno baldío en español, Waste Land en inglés, son expresiones que no traducen en toda su riqueza la expresión francesa. Por una parte vague en el sentido de vacante, vacío, libre de actividad, improductivo, en muchos casos obsoleto. Por otra parte vague en el sentido de impreciso, indefinido, vago, sin límites determinados, sin un horizonte de futuro.

Nuestras grandes ciudades están pobladas por este tipo de territorios. Áreas abandonadas por la industria, por los ferrocarriles, por los puertos; áreas abandonadas como consecuencia de la violencia, el receso de la actividad residencial o comercial, el deterioro de lo edificado; espacios residuales en los márgenes de los ríos, vertederos, canteras; áreas infrautilizadas por inaccesibles entre autopistas, al borde de operaciones inmobiliarias cerradas sobre sí mismas, de acceso restringido por teóricas razones de seguridad y protección.

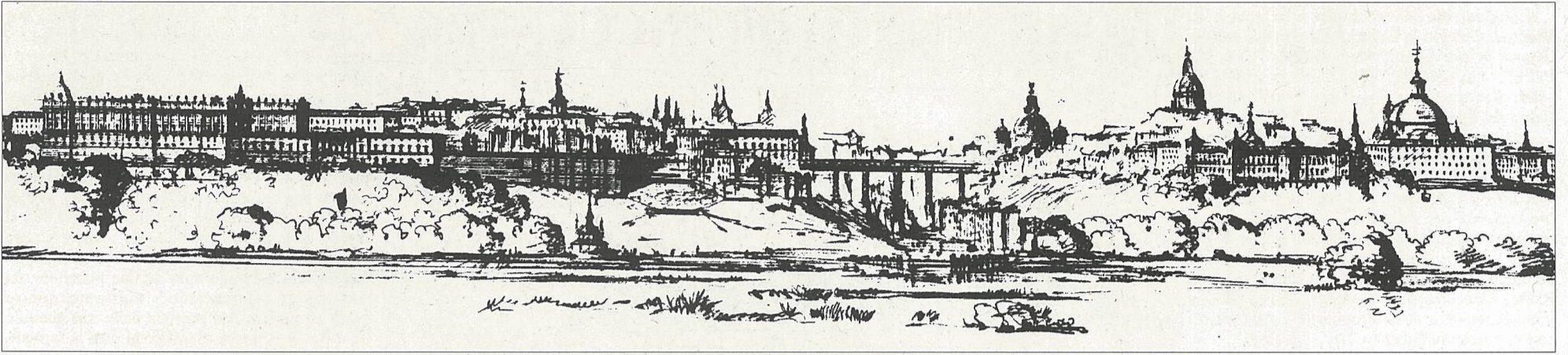
La aproximación convencional de la arquitectura y el diseño urbano a estas situaciones es bien clara. Se intenta siempre, a través de proyectos e inversiones, reintegrar estos espacios o edificios en la trama productiva de los espacios urbanos de la ciudad eficiente, sincopada, atareada, eficaz. Pero ante estas operaciones de renovación reaccionan las personas sensibles. Los artistas, los vecinos, los ciudadanos desencantados de la vida nerviosa e imparable de la gran ciudad se sienten profundamente contrariados. Aquellos terrain vague resultan ser los mejores lugares de su identidad, de su encuentro entre el presente y el pasado al tiempo que se presentan como el único reducto incontaminado para ejercer la libertad individual o de pequeños grupos.

Por el contrario, es ese vacío y ausencia lo que debe ser salvada a toda costa, la que debe marcar la diferencia entre el federal bulldozer y las aproximaciones sensibles a estos lugares de memoria y ambigüedad.

Porque la ciudad, la casa humana por excelencia, como dijera Marcel Mauss, si bien está hecha de cambio y movimiento la identidad de los individuos y la felicidad de los colectivos no puede depender sólo de estas nuevas formas de organización.

Si nuestra propuesta de categorías culturales para entender las nuevas relaciones entre la arquitectura y las grandes metrópolis actuales empezaba por la noción de mutación como la más adecuada para entender los fenómenos de transformación súbita, la última que planteamos, terrain vague, constituye prácticamente su contrapunto, el reverso de la misma medalla metropolitana. Sólo la igual atención a los valores de la innovación como los valores de la memoria y de la ausencia será capaz de mantener viva la confianza en una vida urbana compleja y plural. El papel del arte, ha escrito Deleuze, también del arte de la arquitectura "no es la de producir objetos para sí mismos, autorreferentes, sino el de constituirse en fuerza revaloradora de la multiplicidad y la contingencia".

Ignasi de Solà-Morales, es Arquitecto, Catedrático en la E.T.S.A. de Barcelona. En estos momentos trabaja en el Proyecto de Reconstrucción del Teatro Liceo. Fue ponente general, con el presente escrito, en el pasado Congreso de la U.I.A



LAS CIUDADES HISTÓRICAS

JULIO CANO LASSO

Con el título de la "La Ciudad y su paisaje" hice un libro hace años. Es un libro de dibujos y textos en el que se pretendía llamar la atención sobre la importancia del paisaje que rodea a las ciudades históricas y a su vez del valor de la propia ciudad como paisaje.

Nacido del dolor y la preocupación era también como una voz de alarma.

Hablábamos de Madrid, Toledo, Salamanca, Cuenca, Segovia, Santiago de Compostela... Todas ellas singulares, pero ejemplos que podrían extenderse a infinidad de otros pueblos y ciudades.

Decíamos que las bellas ciudades del pasado, armoniosamente incorporadas a la geografía y el paisaje, eran joyas de altísimo valor, y culminación humanizada de paisaje, subrayando la esencial importancia de la relación ciudad-paisaje.

La incorporación de la ciudad al paisaje se produce con naturalidad.

Generalmente se asienta en lugares elevados, de fácil defensa y se adapta flexiblemente a la topografía, subrayada por las defensas militares, fosos, baluartes, y murallas, que acentúan los rasgos naturales del paisaje.

Dentro de la flexible adaptación existe siempre una jerarquía de escalas y volúmenes, en las que domina la catedral, o en su caso la iglesia, rodeada de otros edificios nobles, mientras que el caserío modesto se apiña alrededor, buscando el amparo de las murallas y llegando al mismo borde de rocas y acantilados.

Pero además otro factor importante que contribuye a la fusión de la ciudad en el paisaje, haciéndola parte de la geografía, es la materia. La ciudad está construida con materiales tomados de la naturaleza próxima: piedra, arcilla, madera... que envejecen lentamente como la

propia naturaleza de tal manera que pasados los años se funden en igual color y materia, hasta el punto de que en ocasiones es difícil distinguir la mano del hombre de la naturaleza.

La integración ciudad-paisaje es tal, que constituye una unidad en sí misma. Edificios singulares, edificación anónima, riscos, cauces arboledas y paisaje en general constituye un conjunto en el que cada una de las partes tiene el mismo valor.

No basta, por consiguiente con conservar los monumentos, como algún tiempo se creyó, tampoco sería suficiente preservar la edificación menor que os acompaña y da escala, porque si se destruye el paisaje que la envuelve el daño sería tan grande como si salvando el paisaje se dejaran hundir los monumentos.

Este es el problema de nuestro tiempo. El problema que a nuestra generación ha correspondido afrontar.

Somos una generación de paso, confusa y mal preparada, que ha visto multiplicarse por cuatro o cinco la población de la mayoría de las ciudades; crecimiento sin paralelo en la historia. De ahora en adelante no será igual y lentamente la población tenderá a estabilizarse, al mismo tiempo la capacidad económica irá en aumento. el momento más grave habrá pasado.

Unas más que otras todas nuestras ciudades habrán sufrido las consecuencias de ese crecimiento mal gobernado aunque la topografía que determinó su asentamiento ha contribuido a su defensa como lo hizo en tiempos más lejanos frente a ejércitos enemigos. Lógicamente los ensanches se han extendido por los lugares más

bajos, llanos y accesibles.

Hay ciudades de una sola fachada, otras tienen más de una, y hay algunas que presentan innumerables fachadas en todo su perímetro.

Salamanca y Santiago de Compostela son ciudades de una sola fachada, Toledo es el caso más completo de tantas fachadas como puntos de contemplación, el Tajo lo contornea profundamente en más de la mitad de su perímetro y del otro lado del valle de los Cigarrales constituye una efectiva defensa del paisaje. En Salamanca es el espacioso Tormes con su vega, hasta ahora respetada, el que defiende la gran fachada monumental.

En Santiago son las huertas al pie de los monumentos y los prados y arboledas ya muy mermados, del valle del Sarela, los que forman el basamento de la grandiosa composición monumental. En Cuenca y en Segovia es el bello paisaje de las hoces de sus dos ríos, las que defienden y dan relieve a las fachadas de uno y otro lado.

En general, como decíamos, los ensanches y nuevas edificaciones, se han extendido por las zonas más llanas y de fácil acceso, en muchos casos envolviendo la ciudad antigua al menos en dos terceras partes de su perímetro como es el caso de Salamanca, aunque el Tormes y sus orillas se han respetado y la vieja ciudad dorada se sigue reflejando en las tersas aguas del río. Sin embargo las laderas y colinas de la margen izquierda, antaño campos de labor, se han edificado formando una contrafachada, enfrentado a la ciudad histórica de bajísimo nivel estético y sin apenas dejar espacio para plantar una densa

barrera de árboles que la ocultara.

Hay que pensar que si importante es la ciudad vista desde el paisaje, también lo es el paisaje que desde la ciudad se divisa. Recordemos Segovia con sus pretilos y miraderos sobre las rocas y arboledas del Eresma y el Clamores, o Cuenca sobre sus dos magníficas hoces, o Toledo cuando se asoma a los cerros cárdenos y plateados de los Cigarrales.

Antes Salamanca tenía enfrente como hemos dicho, nobles campos castellanos, campos parcos de labor, hoy una fachada horrible.

Ha habido mucho descuido, yo me atrevería a decir que incultura.

Ha sido más la propia topografía que la previsión y el planeamiento la que ha contribuido a que los desastres no hayan sido mayores. el tiempo nos va mostrando los errores cometidos, muchos son irremediables pero deberíamos sacar de ellos una enseñanza útil. Es imprescindible que las ciudades históricas tengan un planeamiento adecuado con un detallado estudio de paisaje y de las posibles vistas de la ciudad desde el área que la circunda. Hace años en Segovia se hizo un estudio de esta tipo que debería haber servido de ejemplo y haber sido preceptivo para la redacción o revisión de los Planes Generales. Naturalmente el estudio no basta si luego no se tiene en cuenta a la hora de concretar el planeamiento y conceder las licencias, es preciso, por consiguiente una capacidad de gestión apropiada al difícil problema, y, lo que también es importantísimo, crear una conciencia social.

Julio Cano Lasso es Doctor Arquitecto, Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, está en posesión de la Medalla de Oro de la Arquitectura Española.

He pensado que podría ser oportuno publicar en las páginas de "EL hALL" un breve comentario que he escrito para una reciente ocasión. Se trata de una pequeña glosa del interior Co-op realizado en 1926 por Hannes Meyer, para el catálogo de la exposición "Less is more" que, bajo la dirección de Vittorio Savi y Josep M^o Montaner, se desarrolló en el Colegio de Arquitectos de Barcelona durante el reciente y sonado Congreso de la UIA.

Lo cierto es que mi texto tuvo poca fortuna y apareció publicado con importantes recortes en varios párrafos. Quizás los ejecutores del catálogo fueron presa de un arrebato minimalista o tal vez se trató, simplemente, de un episodio más de esa plaga actual que cabría denominar "la dictadura del grafista". En cualquier caso, esta intrascendente anécdota proporciona una irrefutable prueba ad absurdum de que no siempre se cumple de un modo automático que menos sea más.

Así, pues, os ofrezco la versión original e íntegra del mencionado escrito, ilustrado, además, con las dos imágenes de cuyo choque frontal surge mi reflexión.

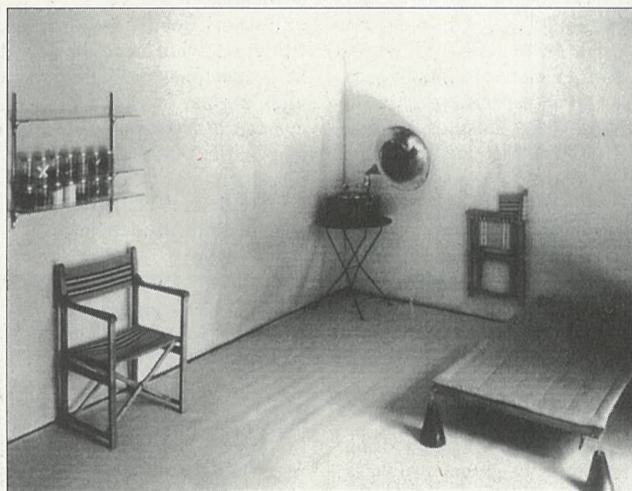
1.- Hannes Meyer nunca tuvo reparos en aceptar que la capacidad para sacar partido a los escasos recursos disponibles fuera uno de los principales requerimientos de su trabajo de arquitecto. Por ello asumió el rol de organizador, que debe rendir cuentas del resultado no sólo artístico sino también económico del proyecto. En ese contexto, la austeridad deja de ser una elección y pasa a ser una exigencia que obliga a concentrarse en lo esencial, descartando lo accesorio.

Y si esto es así en el espacio de las relaciones sociales, también deberá serlo en el ámbito del refugio privado, de la intimidad. Esta es la actitud que trasluce el célebre interior Co-op que Hannes Meyer, a modo de declaración de principios, puso en escena en 1926. La imagen que de ese interior se conserva muestra un triángulo formado por dos paredes y un suelo que engloba unos pocos objetos: la cama (estricto bastidor sustentado por soportes troncocónicos y recubierto por una leve colchoneta), dos sillas plegables de armazón de madera y asiento y respaldo de lona (una plegada y aplicada al muro, la otra desplegada y dispuesta), una mesilla redonda de liviana estructura metálica que sostiene un fonógrafo y, finalmente, una escueta estantería de soporte metálico con estantes de vidrio en los que se alinean catorce frascos cilíndricos que contienen diversas sustancias no identificables. Nada más.

En Hannes Meyer, como en tantos otros artífices de la modernidad, el impulso ético que considera la renuncia a todo lo prescindible como premisa básica para la construcción del nuevo

INTERIOR VACIO

CARLOS MARTÍ ARÍS



...hace falta más espíritu para prescindir de una palabra que para emplearla"

Paul Valéry, Carta a F. Brunot.



mundo, coincide plenamente con el sentimiento estético que ve ese proceso de esencialización como la principal fuente de refinamiento y de belleza. Menos es más porque cada eliminación, cada descarte, encierra la promesa de una mayor riqueza espiritual.

2.- Tengo ante mí un interesante documento periodístico titulado "Retrato del mundo. Familias de 30 países nos descubren todos los secretos de sus vidas" (El País Semanal, n^o 186, 11 de septiembre de 1994). Las familias en cuestión han accedido a que se las fotografíe con todos sus muebles, enseres y pertenencias dispuestos ordenadamente en el exterior de sus casas. La familia Yadev (India) compuesta por los padres y cuatro hijos menores, posan ante su rústica morada exhibiendo: una cama y una silla de madera, jarras llenas de especias, una caja de metal, una escalera de mano, cuatro pesas de madera, dos cuadros de dioses hindúes, leña, una bicicleta rota, siete cacerolas, dos vasos, cuatro bandejas, dos recipientes cerámicos, dos cestas, tres sacos de arroz y varias mantas. Nada más.

Estamos, también en este caso, ante una declaración de principios? ¿Son los Yadev unos refinados estetas? ¿Puede considerarse la pobreza como una elevada forma de minimalismo? Parece improbable.

Cuando ética y estética coinciden como parece ocurrir en el trabajo de Hannes Meyer, se está siempre a un paso de adoptar esa dudosa actitud moralista que considera los productos de la vanguardia como un remedio para curar todos los males de la sociedad burguesa. Pero cuando ética y estética no solo no coinciden, sino que se diluyen y confunden, entonces estamos cerca del más puro esperpento: la miseria (no sólo material sino sobre todo intelectual) puede ser exaltada como virtud y adquirir el valor de espectáculo edificante.

Para que menos sea más, hay que partir de una cierta profusión, de una relativa abundancia. Sólo así es posible ejercer conscientemente la renuncia: cada elemento que se descarta y anula, cada palabra de la que se prescinde, deja entonces su huella, hace notar su ausencia creando un campo de tensiones ocultas que enriquece a los elementos en presencia.

Por otra parte, toda renuncia se hace para obtener algo de ella. En el caso de Hannes Meyer parece claro que el signo menos que preside su arte despojado, austero, en el límite de la severidad, constituye una apuesta (que ignoramos si se saldó con victoria o derrota) por una vida más libre, solidaria e intensa.

Carlos Martí Arís, es Arquitecto, Profesor de Proyectos en la E.T.S.A de Barcelona.

